

## Exiliados republicanos, nación española y reconciliación: la musa del escarmiento<sup>1</sup>

Juan Francisco Fuentes, *Hambre de patria. La idea de España en el exilio republicano*, Madrid, Arzalia ediciones, 2025, 254 pp.

Javier Fernández Sebastián  
Universidad del País Vasco (España)

### *Magistra vitae: lecciones de la derrota*

Si el apotegma *historia magistra vitae* se ha repetido innumerables veces para encarecer las lecciones que, de cara al futuro, pueden extraerse del análisis del pasado, especialmente de la reflexión sobre los errores pretéritos, este libro —una versión ampliada del discurso de ingreso del autor en la Real Academia de la Historia, pronunciado el 24 de noviembre de 2024, redactado en una prosa fluida que mantiene la frescura del estilo oral— merece un lugar de honor en esa venerable tradición ciceroniana. Al fin y al cabo, uno de los objetos principales del ensayo que reseñamos es ilustrar a los lectores acerca de las acerbas críticas que las grandes figuras del exilio republicano expresaron retrospectivamente hacia su propia actuación en tiempos de la Segunda República y la Guerra Civil, así como dar cuenta de sus afanes por reconstruir la convivencia nacional sobre nuevas bases. Y no es preciso decir hasta qué punto un importante sector

---

<sup>1</sup> En aras de la cortesía debida a los lectores de la revista, vaya por delante el reconocimiento de mi amistad con el autor del libro que comentaré brevemente en estas páginas. Conozco y admiro desde hace muchos años a Juan Francisco Fuentes —sin duda uno de nuestros mejores y más pulcros historiadores, flamante Premio Nacional de Historia por su *Bienvenido Mr. Chaplin* (Taurus, 2024)—, pero a mi entender los lazos fraternales que nos unen no me impiden manifestar honestamente los pensamientos y opiniones suscitadas por la lectura del que es por ahora su último libro.

de la actual izquierda española, ignorando tales autocríticas, ha romantizado hasta extremos delirantes la “republiqueta de 1931” (Sender *dixit*) y, desde un abordaje polarizador y maniqueo de la política, juega con fuego como si pretendiera volver a las andadas.

Un caso extremo de la actitud vindicativa de quienes, apoyándose en una “memoria putrefacta” (Azaña), parecen haber renunciado a aprender nada de los errores de sus abuelos es aquella sangrienta *boutade* de José Bergamín a principios de la década de 1980: “lo que este país necesita es otra guerra civil, pero que esta vez ganen los buenos” (p. 214). Frase que suena como un corolario atroz del manoseado aserto de Santayana: quienes olvidan las enseñanzas de la historia están condenados a repetir el pasado (sentencia que puede leerse a su vez como una apostilla al viejo *dictum* de Cicerón).

Tales actitudes irresponsables de las cada vez más nutridas franjas lunáticas de la izquierda española están en las antípodas de aquella “musa del escarmiento” (213-214) a la que invocaba dolorosamente Manuel Azaña para advertir a sus conciudadanos de que la futura convivencia nacional —“paz, piedad y perdón”— sólo podría asentarse sobre un sincero propósito de enmienda respecto de los yerros y desmanes cometidos por unos y por otros, para desde la voluntad de concordia buscar un mínimo consenso (un “asenso común”, en palabras del expresidente de la República) sobre el cual edificar el Estado de derecho y las instituciones democráticas.

Pese al carácter acotado del lúcido ensayo de Fuentes, referido a una nación, la nuestra, y a un periodo histórico concreto, algunas de sus conclusiones podrían fácilmente extrapolarse a otros marcos y situaciones análogas. Y es que este libro trata en último término de las hondas transformaciones morales, emocionales y vitales experimentadas por un puñado de hombres y mujeres tras el brutal impacto de una cadena de acontecimientos de excepción que zarandearon furiosamente sus vidas y comprometieron el porvenir de su país de un modo que la mayoría de ellos no alcanzaron a prever cuando aún estaban a tiempo de evitar la catástrofe.

Conviene aclarar que en la larga nómina de personajes que aparecen en sus páginas apenas figuran nombres de desconocidos. La *dramatis personae* de la obra incluye entre otros a Manuel Azaña, Largo Caballero, Indalecio Prieto, Luis Araquistáin, Juan Simeón Vidarte, Joaquín Maurín, Dolores Ibárruri, María Zambrano, Antonio Machado, Salvador de Madariaga, Juan Larrea, Francisco Ayala o Ramón J. Sender, esto es un grupo amplio pero selecto de políticos e intelectuales, generalmente pertenecientes a organizaciones de izquierda, varios de los cuales en cierta medida tuvieron en sus manos durante un tiempo el rumbo del país, pero que se vieron progresivamente arrollados por la dinámica histórica trepidante que ellos mismos desencadenaron o contribuyeron a acelerar. Como sucede a menudo, llegó un momento en que la

corriente desbocada de la historia arrastró a sus protagonistas y les impuso un destino trágico como expatriados que ellos en modo alguno hubieran podido imaginar pocos años antes.

En tan desafortunadas circunstancias, el duro aprendizaje de la decepción les llevó a asumir en el exilio algunas lecciones derivadas de su derrota (el autor del libro, citando a José Varela Ortega, recuerda que ya Esquilo en la *Orestíada* mostró que a menudo “los mortales alcanzan la sabiduría a través del dolor”). Fue entonces cuando una renovada conciencia histórica, resultado de las dramáticas experiencias vividas, les hizo recapacitar y espoleó su imaginación política para buscar fórmulas que permitieran recuperar eventualmente la concordia entre los españoles. De ese modo, de acuerdo con el conocido aforismo futurista de Michelet que muy oportunamente cita J. F. Fuentes –“cada época sueña la siguiente”–, varios de ellos terminaron por vislumbrar las bases fundamentales del proceso que conocemos como “la Transición” por antonomasia, es decir: tolerancia y reconciliación entre los antiguos adversarios que diera paso a renunciaciones y concesiones mutuas hasta alcanzar un consenso acordado entre diferentes.

## **Guerra civil, arrepentimiento, rectificación**

Una de las novedades de este libro con respecto al texto del discurso de ingreso en la RAH del que procede consiste en la adición de un capítulo titulado “La guerra civil como profecía autocumplida”. Se trata de una sabia decisión de Juan Francisco Fuentes, pues las 40 páginas de este primer capítulo iluminan poderosamente el resto de su ensayo, que se comprende mejor a la vista de las numerosas premoniciones o “perspectivas” de guerra civil, para decirlo con el título de un libro de Hans Magnus Enzensberger de hace tres décadas, que se atisbaron y profririeron en España años antes de que estallase la más cruenta conflagración intestina de nuestra historia.

Leyendo las profusas invocaciones a la guerra civil como una perspectiva deseable por parte de no pocos liberales y republicanos de los siglos XIX y XX –de Romero Alpuente a Largo Caballero, pasando por Unamuno, Álvaro de Albornoz y parte de la prensa socialista–, uno no puede menos que acordarse de las especulaciones de Kant sobre aquel falso profeta que vaticinaba una historia *a priori* urdiendo subrepticamente la secuencia de hechos que él mismo anunciaba con antelación (en este sentido, sería en efecto una infausta “profecía autocumplida”). ¿Y cómo no pensar en el apólogo de Goethe sobre aquel desmañado aprendiz de brujo que libera fuerzas que escapan a su control? En un tono más sombrío, la fábula del incendiario que provoca con su acción un desastre mucho mayor del que buscaba, recogida por Hegel en sus *Principios*

*de filosofía del derecho* –un tratado por cierto publicado en Berlín casi a la vez que Romero Alpuente pronunciara en el café madrileño La Fontana de Oro la famosa frase “La guerra civil es un don del cielo” (24)– podría igualmente evocarse aquí como paradigma de los daños pavorosos que a veces exceden en mucho los atolondrados designios de ciertos seres humanos poco escrupulosos, quizá no enteramente malévolos (incluidos magos inexpertos, pirómanos irreflexivos, políticos ineptos e intelectuales insensatos).

Desde nuestra actual apreciación de las cosas produce estupefacción que tantos intelectuales y militantes de la izquierda republicana declararan sin ambages su querencia por la guerra civil, generalmente entendida como un expediente para aplastar a sus rivales políticos, o bien como un atajo para alcanzar los altos ideales de la revolución. Se diría que cualquier observador mínimamente avisado de la realidad española podía prever que el cumplimiento de tan descabellado propósito desembocaría en un baño de sangre. La lectura del libro de Fuentes, sin embargo, permite constatar la ceguera parcial de los agentes involucrados respecto al probable desenlace de sus actos: sólo una mirada retrospectiva a partir del verano de 1936, y más aún después de 1939, hizo posible que aquellos sectores que decían anhelar la guerra abrieran los ojos para contemplar horrorizados las consecuencias devastadoras de su monumental error. Aquel pretendido “don del cielo” había resultado ser un descenso a los infiernos.

Del conjunto de reflexiones desencantadas –plasmadas en memorias, artículos, discursos, conversaciones y epistolarios– recogidas en este libro se destila algo así como “un manual de instrucciones sobre la forma de alcanzar la democracia y hacerla duradera” (215), manual que en cierto modo anticipa el guión de la transición española a la democracia tras la muerte del dictador.

A despecho de todo lo dicho hasta aquí, el célebre cainismo hispano permanece agazapado en un rincón, presto para abalanzarse sobre nosotros al menor descuido. De hecho, algunos conciudadanos nuestros parecen empeñados en hacer bueno el goyesco duelo a garrotazos que ilustra la cubierta como símbolo perenne de la supuesta propensión fraticida de los españoles. Últimamente, quienes se esfuerzan en levantar muros, sembrar el odio y cavar trincheras entre compatriotas elevan cada día sus voces estridentes no sólo en las redes sociales, sino incluso desde las instituciones medulares de la democracia parlamentaria. Hay razones para temer que las escalofriantes palabras de Bergamín que hemos podido leer más arriba –esto es, su deseo de una “buena” guerra civil para zanjar de un golpe los problemas del país– pudieran reflejar el sentir de ciertas minorías radicalizadas. Por fortuna, la España de 2025 no es la de 1936 y queremos creer que la intolerancia, la “sangre iracunda” y el “apetito de destrucción” no volverá jamás a sobrepujar a la “musa del escarmiento” hasta el punto de comprometer de nuevo la paz civil entre los españoles.

## **“Hambre de patria” y “menendezpelayismo de izquierdas”**

El otro tema que vertebra este libro, el que le da título, es la nostalgia de los exiliados por la España perdida: su “hambre de patria”, en palabras de Prieto<sup>2</sup>. De entre la rica documentación exhumada por Juan Francisco Fuentes, es en la correspondencia privada donde mejor se palpa la añoranza y la fuerte tensión emocional que alimentó aquel nacionalismo del destierro propio de la “Numancia errante”, que enlazaba con el agudo sentimiento nacional de la tradición liberal española. Un nacionalismo ardoroso y a veces banal, en todo caso tan esencialista y exacerbado que el autor no duda en calificarlo de “menendezpelayismo de izquierdas” (202).

Permítaseme terminar esta reseña refiriendo sucintamente un incidente revelador que el lector encontrará en las páginas finales (219-220). Poco después de la muerte de Franco, en un debate radiofónico sobre España que tuvo lugar en una emisora francesa, ante las expresiones filonacionalistas de Federica Montseny y de un miembro de ETA que arremetían en sus intervenciones no contra el régimen dictatorial, sino contra el “centralismo castellano, represor del pueblo catalán y vasco”, el socialista exiliado José Martínez Cobo recordó a los oyentes que en plena guerra el antifranquismo más sufrido, firme y leal no se manifestó precisamente en las “nacionalidades” periféricas, sino en la capital de la nación: “Madrid resistió a Franco tres años, Bilbao un mes y Barcelona ni siquiera ocho días” (221).

Como observa Juan Francisco Fuentes, esta anécdota es en sí misma sintomática de “un proceso desnacionalizador [que comenzó durante la dictadura] cuyos efectos a largo plazo están hoy a la vista”. En el momento en el que escribo [finales de noviembre de 2025], cuando un gobierno sectario minado por la corrupción, que se autocalifica de “progresista”, se mantiene precariamente en el poder como un juguete en manos de los grupos más hispanóforos de nuestro arco parlamentario –incluidos políticos prófugos, separatistas catalanes y exterroristas vascos–, es muy posible que más de un joven mal informado acerca de nuestra historia (en particular sobre la Segunda República y su desenlace), de esos que por desgracia tanto abundan en nuestros días, se quede atónito al descubrir por este espléndido libro que los desterrados republicanos amaron profundamente a su patria. Tanto, que con toda probabilidad se hubieran sentido asqueados ante la mera posibilidad de ver al gobierno de España a merced de aquellos que no ocultan su voluntad de destruirla.

---

<sup>2</sup> Sobre las actitudes y opiniones de Indalecio Prieto frente al desafío de los nacionalistas vascos véase Ricardo Miralles, ed., *Indalecio Prieto. La nación española y el problema vasco*, Bilbao, UPV/EHU, 2019.

